El Caballo de Hierro
por GEORGE O'BRIEN
15
BIBLIOTECA PERLA
PUBLICACION QUINCENAL

FORD, John

EL CABALLO DE HIERRO

(THE IRON HORSE, 1924)

BIBLIOTECA PERLA

El caballo de hierro

SENSACIONAL NOVELA

"SUPERPRODUCCIÓN GIGANTE FOX"
DE LA CUAL ES PROTAGONISTA EL GRAN
ARTISTA
GEORGE O'BRIEN

ARREGLO LITERARIO DE
JOAQUIN ARQUES

EXCLUSIVA
HISPANO FOXFILMS
CALLE VALENCIA 280 - BARCELONA

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: PARÍS, 204 - BARCELONA

:: TIPOGRAFÍA LA ACADÉMICA ::
HEREDEROS DE SERRA Y RUSSELL
CALLE DE ENRIQUE GRANADOS, 112
:: TELÉFONO G-104 : BARCELONA ::

EL CABALLO DE HIERRO

1

Una de las más grandes hazañas de la historia norteamericana fué la construcción del primer ferrocarril transcontinental de Nebraska a California. Un camino de hierro de cinco mil kilómetros; y esta gigantesca epopeya constituye el emocionante y firmísimo asunto de la narración que hoy ofrecemos a nuestros lectores.

Todos los grandes espíritus, todos los que saben sacrificarse por nobles ideales, han de interesarse forzosamente ante el esfuerzo realizado por aquellos patriotas que, ayudados por el famoso Presidente Abraham Lincoln, lograron realizar lo que cientos de ingenieros calificaban de absurdo.

* * *

En un pueblecito del Norte, hace más de medio siglo, cuando se descubrían casi a diario, en California, valiosos yacimientos de oro; cuando los medios de comunicación estaban en su infancia, y cuando la codicia hacía emigrar a miles de aventureros, se encontraba Ramiro Mendoza, ingeniero español, terminando sus últimos ahorros.

En su modesta casita, que más bien le cuadraría el nombre de choza, vivía con su hijo David, muchacho de unos doce años.

Había emigrado a Norte América espoleado por sus anhelos de conquista y la fe en las grandes empresas.

Su soñadora imaginación le hacía ver con las mayores facilidades la construcción de la línea, que tras continuada y titánica lucha contra los elementos, la naturaleza y las tribus indias, implacables en la defensa de sus tierras y costumbres, fué al fin convertida en provechosa realidad.

Vecino y amigo de Mendoza era Tomás Marsh, contratista de obras y uno de los muchos escépticos que no comprendían los sueños del ingeniero. Muchas veces habían discutido, con reposo, acerca del trascendental asunto; pero siempre Mendoza salía derrotado por la falta de fe que su interlocutor demostraba.

— ¿En qué piensas, Mendoza? — le preguntó un día su vecino. — Te encuentro más preocupado que de ordinario. ¿Sueñas quizá con alguna nueva fantasía?

— No, Tomás... Pienso únicamente en lo que constituye mi afán desde hace meses... En un ferrocarril que ponga en circulación algún día la riqueza, hoy oculta y estancada detrás de la cordillera.

— No sería malo eso... si se pudiera llevar a la práctica; pero...

— ¿Qué?

— Hace falta más de lo que tú puedes ofrecer para que te crean y te ayuden.

— No. El que ayudará seré yo, si Dios me da fuerzas. Me sobra fe y buena voluntad.

De vez en cuando solía terciar en la conversación Abraham Lincoln, el cual, mucho antes de ser elevado a regir los destinos de la nación, ejercía en el pueblo de simple abogado, haciéndose respetar por su rectitud y acrisolada honradez.

Lincoln, no solamente escuchaba con agrado las teorías del ingeniero español, sino que mostraba su conformidad y hasta le animaba a que no dejara de la mano los trabajos emprendidos, que se reducían a una extensa memoria y a un plano.

Cierta mañana, mientras los tres amigos discutían, se hallaba David con la pequeña María, hija de Tomás, jugando a medir terrenos, imitando los trabajos del ingeniero.

Había nevado mucho, y la pequeña resbaló, cayendo por una pendiente.

La pobre criatura lanzó un grito de espanto; pero antes de que su cuerpecito siguiera rodando hasta el fondo, acudió David con tanta oportunidad, que logró volver con ella al sitio donde antes estaban, sin que sufriera ni el más pequeño rasguño.

Ya había acudido el padre de María y sus dos amigos.

El primero con el susto consiguiente; mas al ver a la niña en sus brazos y al enterarse que su salvador había sido el valeroso David, premió a éste con un cariñoso abrazo.

— Tienes un hijo que honrará el nombre que lleva — le dijo después al ingeniero estrechando sus manos.

Lincoln presenciaba la escena distraído.

De pronto se dirigió a Mendoza:

— Acaban de decirme en la farmacia que te vas al Oeste — le dijo.

— Sí, Abraham. Pienso marchar dentro de poco. El oro impulsa hacia el Oeste al país entero, y no ha de tardar mucho en que se haga necesario un ferrocarril que una el Este con el Oeste.

— ¿Y tú y tus planes nos abandonan?

— No hay otro remedio. Aquí no puedo continuar por más tiempo.

Y así fué.

Quince días después, Ramiro Mendoza y su hijo David se disponían para emprender el largo y penosísimo viaje.

Ya no se lo podrás decir a nadie

No sobrados de dinero en la cartera; pero repleta de ilusiones la cabeza, pensaban desafiar los rigores invernales y el sinnúmero de obstáculos con que forzosamente tenían que tropezar.

David, a pesar de lo que le agradaba la aventura, no dejó de experimentar cierto pesar al despedirse de la pequeña María, hacia la que sentía un acendrado cariño.

La muchacha fué a despedir a los viajeros hasta el linde de los terrenos de su padre; y también hemos de decir, en honor de la verdad, que a la niña

se le arrasaron de lágrimas los ojos durante el corto trayecto.

— ¿Volverás, David? — le dijo al muchacho en voz baja.

— ¡Pues no he de vover, tonta!...

— ¡Marcháis tan lejos!...

— Ahora parece lejos... pero el ferrocarril acortará las distancias.

Y aprovechando una distracción de sus respectivos padres se dieron un beso muy callado... pero lleno de promesas para el porvenir.

— ¡Adiós, Mendoza! — dijo al fin su amigo estrechándolo en sus brazos. — ¡Dios haga que tus sueños se tornen realidades!

— Sí, Tomás; este sueño de hoy te hará despertar mañana; porque hombres como tú serán los que tenderán los rieles de la gran obra.

II

En el Este, desde Nueva York hasta Omaha, circulaba ya *el caballo de hierro*.

El magno proyecto de Mendoza, grato a Lincoln, era extender la línea férrea en sentido contrario hasta California, a través de llanuras y montañas pobladas de indios, celosos defensores de su independencia y costumbres seculares; y aunque no faltaban personas que comprendieran lo ventajosas que serían estas obras, luchaban con el egoismo natural de aquéllos, de los poseedores del terruño, cuya propiedad defendían con todo el poder de que son capaces.

* * *

La primavera hermoseaba las montañas donde revivían las flores que las nieves agostaron meses atrás.

En una deliciosa rinconada de un valle habían establecido su pequeño campamento el ingeniero Mendoza y su hijo David.

Aquel descanso en la penosa marcha no debía durar muchas horas; así es que entre el padre y el hijo hicieron acopio de agua y frutas para la nueva etapa.

— Mira — le dijo Mendoza al muchacho indicando el cortado de unas montañas; — no olvides que algún día habrá un ferrocarril que atraviese esa garganta. Es un paso de unos cuatrocientos kilómetros, más corto, mucho más, que el camino habitual de los indios.

— ¡Oh, si lo viéramos eso!...

— Ten confianza en mis palabras. Y ahora a dormir, para volver a emprender la marcha.

No hubo terminado de pronunciar la última palabra, cuando un ruido sospechoso le hizo tomar el fusil rápidamente.

Después escondió a David entre la maleza, y poniendo la rodilla en tierra se dispuso a la defensa.

El desdichado ingeniero había sido observado por un cacique llamado Deroux, que a pesar de no ser de raza india había sabido imponerse por su maldad y travesura sin límites.

Se le llamaba Deroux, el renegado.

Mendoza no dudó en hacer un disparo contra el primer indio que se presentó por entre los árboles;

pero al mismo tiempo fué sorprendido traidoramente por otros que le acechaban a su espalda.

Deroux no tardó en presentarse.

— ¿No sabes que tengo terminantemente prohibido que un extranjero pise mis dominios? — dijo blandiendo el hacha que Mendoza abandonara para tomar el fusil.

— ¿Y qué daño te he hecho yo? — interrogó el ingeniero.

— Enterarte de lo que a mí no me conviene; y además robarme miserablemente.

— ¿Pero tú no eres indio?

— Otra de las cosas que a mí no me conviene que se sepan; y por lo mismo vas a morir para que no divulgues la noticia.

Y desde el sitio donde se encontraba arrojó el hacha con tal destreza, que partió en dos el cráneo del desventurado Mendoza.

David presenció aterrado la catástrofe y cayó desvanecido, sin que los indios se dieran cuenta de que estaba cerca de ellos.

Esto le salvó la vida.

Una vez recobrado el conocimiento, corrió hacia donde habían dejado el cadáver de su padre.

La infeliz criatura lloró amargamente la irreparable pérdida; y sin preocuparse para nada de su crítica situación se dispuso a dar sepultura al querido cuerpo, utilizando el hacha, único objeto que aquellos bandidos habían despreciado.

Lo demás se lo llevaron como botín de guerra.

No pasó media hora después de ser enterrado Mendoza, cuando aparecieron en el valle unos cuantos cazadores.

— Qué haces aquí, pequeño? — le preguntaron a David.

— Estoy con mi padre, a quien acabo de enterrar — dijo el joven aventurero indicando el montón de tierra removida.

— ¡Pero tú no puedes continuar aquí!

— Me es igual... ya no tengo a nadie en el mundo. ¡Pobre padre mío! Lo asesinó un hombre que sólo tiene dos dedos en la mano... jamás lo olvidaré.

Todavía quiso resistirse el noble muchacho; pero uno de los cazadores, compadecido de su infortunio, no quiso dejarlo abandonado y cargó con él a viva fuerza.

* * *

Pasaron los años y la línea del ferrocarril transcontinental comenzó a verse en vías de hecho.

De 1860 a 1863 el proyecto del malogrado Mendoza era objeto de las más acaloradas discusiones. Y precisamente en el segundo año de la guerra civil y bajo la Presidencia de Lincoln, se decidió dar principio a la construcción de la valiosa obra.

Esto, sin embargo, contando con la oposición de determinados elementos de la milicia.

Una mañana, había en la Presidencia más marejada que de ordinario.

Se daba como seguro que el proyecto se iba a aprobar, y por la misma razón acudían al palacio las más altas personalidades.

El Presidente oía las diferentes opiniones, y hasta consentía la discusión.

— Señor Presidente — le decía un militar. — ¿No es una locura la construcción de esa línea ahora que tanto dinero se necesita para la guerra?

— No lo veo yo así, amigo mío.

— ¿Pero se han calculado los gastos?

— Todo eso se ha hecho.

— ¿Y dejaremos a un lado lo que se necesita para sostener al ejército.

— No debemos dejar que los problemas de la guerra nos impidan ver los grandes problemas que necesariamente habrá de traernos la paz.

¡La paz... la paz!

— Sí, la paz. De lo contrario, la encarnizada lucha que ahora ensangrienta nuestro suelo, habría sido estéril por completo.

Este diálogo sostenido al vuelo mientras Lincoln atravesaba el pasillo para dirigirse a la Cámara, fué interrumpido por una linda joven a quien acompañaba un caballero.

— Salud, señor Presidente — dijo la joven haciendo una graciosa reverencia.

Lincoln saludó a su vez y esperó un momento.

— ¿No me recuerda usted? Soy María Marsh, la hija de su antiguo amigo Tomás...

— ¡Oh, hija mía! — se apresuró a decir el Presidente estrechando sus manos con verdadero afecto. — Te conocí tan niña...

— Claro, ya soy lo que se llama una mujer. ¡Vaya!... y hasta voy a casarme dentro de poco.

— ¡Oh!

— Aquí tengo el gusto de presentarle al señor Jerson, ingeniero de mi padre y... mi prometido.

El Presidente sonrió ante la ingenuidad de María; y ésta se apresuró a continuar:

— No vengo aún a participarle mi boda, sino a cumplimentar un encargo de papá.

— Pues venga el encargo, que supongo será para mí.

— Para usted, sí señor. Pues mi padre desea saber el paradero de aquel señor vecino nuestro... ¿No recuerda?...

— ¿Vecino nuestro?

— Sí, señor, cuando yo aún era una una niña.

— ¿Te refieres al ingeniero Mendoza?

— Justo, a ese señor — dijo vivamente María. — ¿Dónde está?

— Me encuentro con las mismas dudas que tu padre.

— ¡Oh!...

— No he vuelto a saber más de él; y creas que no he dejado de hacer gestiones, porque su concurso habría sido hoy muy valioso.

— ¿Y a su hijo David, le recuerda usted?

— Sí, hija mía. Era un chico muy inteligente, que también nos serviría de mucho en esta ocasión.

— ¿De modo que no se sabe nada ni del hijo ni del padre?

— Nada absolutamente.

— Pues me marcho confiada en que hará usted cuanto pueda para dar con el paradero de estas dos personas... Esto es lo que mi padre me ha encargado que le diga.

— Y que yo le prometo que lo cumpliré, por hallarme tan vivamente interesado como él.

* * *

Aquel mismo día se decidió por completo el trascendental asunto.

Una vez el Presidente en la Cámara fué abordado por su secretario.

— Señor Presidente — dijo presentándole un escrito. — Los elementos progresistas esperan que se autorice la construcción del ferrocarril transcontinental.

— Puede usted decir a la comisión que será autorizada.

Y amparada por el Presidente Lincoln, comenzaron las magnas obras que prácticamente habían de unir por tierra el Atlántico con el Pacífico.

Los trabajos del ferrocarril del Oeste dieron principio el día 8 de enero de 1863.

Pero como siempre que se trata de grandes empresas no faltaban escépticos que las criticaran, dudando no sólo de su realización, sino de su eficacia.

— ¿Y qué opina usted del despilfarro que supone para la nación un negocio tan descabellado como este? — decía un terrateniente a un compañero.

— Opino como usted, que es una locura.

— Más práctico sería que echaran abajo las montañas por la persuasión, que pretender el absurdo de atravesarlas con un camino de hierro.

Así hablaban la mayor parte de los interesados, cuando los trabajos empezaron.

Pero a los catorce meses aproximadamente, el desprecio se convirtió en admiración y hasta en entusiasmo.

El tendido de los rieles avanzaba con una rapidez grandiosa, pero no satisfacía, ni mucho menos, a los deseos de los directores de los trabajos.

Así, no hubo más remedio que, a falta de brazos, importar trabajadores chinos, para que las obras tomaran mayor incremento.

No tardaron los periódicos en publicar un importante aviso que decía así:

«Deseoso el Gobierno de estimular los trabajos del ferrocarril ofrece bonificaciones en los valores públicos a razón de 15,000, 32,000 y 48,000 dólares por kilómetro, según las dificultades del terreno;

El Presidente de la República firmó la concesión

y además, títulos gratuitos de propiedad de las tierras colindantes con la vía a razón de muchas hectáreas por cada kilómetro de camino hierro que se construya.»

Muy pronto dieron su fruto las tentadoras ofertas; tanto es así, que al año siguiente, en 1864, se emprendió rápidamente la tarea de tender los rieles del trozo Este, que debía encontrarse con el del ferrocarril del Oeste.

Entonces fué cuando dió principio una horrorosa lucha de velocidad y resistencia entre los constructores de ambos ferrocarriles.

Una de las brigadas que más se distinguía era la del ex cabo del ejército, llamado Sabalo.

Era éste un hombretón de grandes rigores, a pesar de sus años; pero al propio tiempo sencillote y comunicativo con los suyos.

Su vena poética le había llevado a componer una canción, que la cantaba siempre coreada por los obreros cuando éstos empezaban a dar señales de cansancio.

La canción decía así:

Dale, hermano, dale;
que trabajar todo el día
sin azúcar en el café,
como en esta Compañía,
pocas veces se ha de ver.

No estaban muy bien medidos los versos, que digamos; pero como eran acompañados con los pisones y martillos apenas si se notaba la falta de forma.

En cambio, al compás de la canción y en medio de grandes risotadas, se adelantaba el tendido de la vía de un modo inverisímil.

Se dió el caso, digno de mención, de que entre la diferentes brigadas se estableciera una especie de pugilato encaminado a ver quiénes trabajaban y adelantaban más.

Todo por puro y noble patriotismo.

Y así se ponía de manifiesto en las conversaciones sostenidas entre los jefes de los grupos.

— ¡Hola sargento Statery!

— ¡Hola cabo Sabalo!

— Hombre, ¿por qué no *pinchas* más a tu gente? La mía les va ya pisando los talones.

— No exageres, hombre.

— Pues no tienes más que mirar hacia atrás y verás que aún me quedo corto.

— Repito que no sabes lo que te pescas.

— No será por la cerveza que he bebido.

— Sea por lo que sea. Yo les tengo encargado a mis hombres que no vayan muy aprisa para no dejar a los tuyos rezagados. ¡Eres un desagradecido!

Y los dos capataces, antiguos compañeros de armas durante la guerra civil, acabaron por reír a dúo con la mayor buena fe.

Ya estaban tan lejos de todo centro de víveres, que aquellos abnegados trabajadores se mantenían única y exclusivamente con carne de búfalo.

El valeroso cazador Búfalo Bill o Mata-Búfalos, como todos le decían, era el encargado, con unos cuantos hombres más, de perseguir las numerosas manadas para abastecer a los diferentes grupos de obreros.

Pero nada detenía el empuje de las brigadas; ni los abrasadores rayos del sol en verano, ni los rigores del crudo invierno con sus copiosas y pertinaces nevadas.

Cierto día se esperaba con ansia natural el tren con víveres y dinero para los pagos.

Pero el mencionado tren se había retrasado considerablemente a causa de la oposición que los indios hacían a los trabajos para tender la línea.

¡Pobres indios!

En su afán de contener el avance de la civilización, perseguían a la locomotora pretendiendo aprisionarla a fuerza de lazos.

Sin embargo, era tan grande el número de hijos del país que en una de estas intentonas pudieron detener el tren, intentando a la vez un asalto.

Este era el convoy que llevaba el dinero para los pagos.

— Estos bárbaros nos van a dar un disgusto — dijo el jefe del tren a uno de los encargados de tender la línea telegráfica.

Nos tienen rodeados y la máquina está atascada entre unas traviesas que han levantado.

— Pues mientras nosotros nos defendemos, es preciso avisar antes de que nos corten el telégrafo.

— No se darán cuenta.

— Pero no podremos salir de aquí; se nos acabarán las municiones y nos degollarán como a unos corderos.

— ¿Qué hemos de hacer?

— Pedir auxilio al cuartel general.

El bravo telegrafista abandonó el furgón donde estaban atrincherados, y aprovechando unos minutos

de vacilación de los indios trepó a un poste y comunicó:

«Los indios atacan tren número ocho. Manden auxilio pronto».

El infeliz no pudo continuar.

Una flecha le atravesó el pecho, y cayó bañado en sangre desde la punta del palo.

* * *

El trastorno en el cuartel general fué grande al recibir la comunicación.

De aquí que en el acto se dieran las órdenes precisas, aunque los ingenieros no las tenían todas consigo.

— ¿Pero no podremos contrarrestar el empuje de los indios? — le preguntó a un ingeniero Tomás Marsh, administrador de los ferrocarriles del Este.

— Está muy lejos el tren detenido y temo que lleguemos demasiado tarde. Además, en ese tren vienen los jornales para dos meses; y si nos los roban, ya verá usted lo que nos van a dar que hacer los obreros.

Y ocurrió lo mismo que el ingeniero se figuraba.

El cofre con el dinero fué apresado por los indios, sin que los refuerzos que mandaran pudieran recoger más que a los pobres heridos.

* * *

En su despacho del cuartel general seguía Tomás Marsh preocupadísimo, no sólo por la tardanza del tren, sino por querer solucionar un problema que se le había presentado.

Toda su fortuna la había puesto en la empresa para hacer la línea; y el problema era la necesidad de encontrar un atajo en la cordillera que ahorrara tiempo y sueldos.

De aquí que llamara en su auxilio al ingeniero Jerson, prometido de su hija.

— Jerson — le dijo, — si no encontramos un paso que evite los cuatrocientos kilómetros de curva, alrededor de la sierra, será materialmente imposible continuar la construcción de este trozo.

— Procuraré dar los pasos encaminados al asunto — contestó el ingeniero, — aunque no abrigo esperanza alguna.

— Quizá asesorándose de un conocedor del terreno podríamos abreviar.

— Le repito que haré cuanto humanamente sea posible.

Mientras hablaban así el administrador y el ingeniero, se presentaba a la puerta de la oficina un siniestro personaje.

Deroux, el renegado, el que dió traidora muerte al ingeniero, padre de David.

Merced a sus crímenes y mañas de mala ley, figuraba como uno de los más ricos y poderosos terratenientes de la comarca.

— ¿Sabes de lo que tratan ahí dentro? — le dijo uno de sus amigos al apearse del caballo.

— De algo que a mí no me conviene, sin duda.

— Lo has adivinado. El señor Marsh y su ingeniero tratan de encontrar un camino más corto para el ferrocarril.

— Eso será o no será.

— Pues si lo encuentran, adiós tu negocio... vas a dejar de vender unas tierras que luego no te servirán ni para pastos.

— ¿Sabe Marsh que yo soy dueño de todas estas tierras?

— Claro que lo sabe; pero él, como tú, busca su negocio.

Deroux no quiso oír más y penetró decidido en la oficina.

— Les veo muy preocupados — dijo dirigiéndose al administrador y al ingeniero.

— Mucho, amigo; y celebro que llegue usted tan oportunamente.

— Sí, ya me he enterado de que busca un paso más corto a través de la sierra...

— Justo; y usted, como buen conocedor del país, pudiera hacerme alguna provechosa indicación.

— Pues siento tener que manifestarle que no

encontrará lo que busca, como no sea que se decida a perforar la montaña.

— ¡Oh!, eso sería mucho más costoso que dar el imprescindible rodeo.

— No hay paso alguno, al menos que yo lo sepa.

— Ya es un buen dato este; pero yo me juego en esto la última carta, y he de ver si Jerson encuentra ese paso por escondido que esté.

La conversación fué interrumpida de repente por las voces de muchos trabajadores.

Todos acudían a la oficina en son de queja.

— Trabajamos como burros — decía uno de los que capitaneaban el grupo. — Tenemos reuma y sabañones entre tanta nieve. La carne de búfalo se nos indigesta ya, los indios nos diezman a balazos... y ahora, para colmo, no se nos paga... ¡Esto se acabó!

— ¡Se acabó! — repitieron unos.

— ¡Queremos cobrar! — gritaron otros.

María, la hija de Marsh, que interesada y entusiasta por la gran obra no abandonaba a su padre, salió de sus habitaciones y apareció en el despacho.

— ¿Qué pasa? — le preguntó al cabo Sabalo, que al mismo tiempo acababa de entrar en el despacho.

— ¿No lo han oído ustedes? Quieren que se les pague.

— ¿Pero no se han enterado de la detención del tren que traía el dinero?

— Sí, señorita, lo saben perfectamente; pero...

Las locomotoras eran transportadas por fuerza animal

— Se les habla, se les dice lo que ocurre, se les anima.

— Es inútil razonar con esos vagos. Descalabré a cinco y como si nada. No quieren seguir trabajando.

— Pues yo les hablaré, a ver si me hacen caso.

— Será inútil, señorita.

María, sin hacer caso del capataz ni del ingeniero, abrió la puerta y se presentó ante el grupo de revoltosos.

— Amigos míos — les dijo procurando dominar la espantosa gritería.

Los obreros se miraron unos a otros y esperaron para oir lo que la joven pretendía decirles.

Ésta continuó :

— La gran obra depende única y exclusivamente de ustedes. La patria lo necesita... y yo les ruego que la terminen. Piensen en el porvenir... en sus propios hijos...

Aquí intervino el cabo Sabalo.

— Señorita... está usted perdiendo el tiempo. Esos no entienden más lenguaje que el de los carreteros.

— No importa... se les debe y es preciso hablarles bien.

Un tal Giovani, que era el que llevaba la voz cantante, dió algunos pasos hacia María, y quitándose el sombrero respetuosamente, fué a hablar, y no se atrevió sin duda por no hacer un mal papel ante sus compañeros.

— ¿Verdad Giovani que quieres decirme que trabajarás una semana más? ¡Vamos, hombre, habla de una vez! ¿No es eso lo que quieres decir?

El aludido volvió la cabeza y se encaró con otro de los revoltosos.

— ¿Qué harías tú? — le preguntó.

— Cualquier cosa tratándose de complacer a una dama.

— Pues bien... por una señorita tan bella, Giovani construye solo todo el ferrocarril, si es preciso.

— ¿Ya te has enamorado?

— ¡Calla, cacho de asno! ¿Qué sabes tú de estas cosas? ¡Ea! ¡A trabajar todo el mundo y no se hable más ; ya cobraremos!

Y así terminó el primer conflicto que se presentaba en los trabajos.

III

Siguiendo el avance del ferrocarril y para que nada faltara durante el descanso de los trabajadores, llevaban consigo una especie de bar portátil en el cual ejercía el dueño dos importantes cargos.

Estos eran el de tabernero y juez al mismo tiempo.

Haller era el nombre del juez; y *El Infierno con ruedas* el título del bar.

Allí se bebía, se celebraban juicios, se efectuaban casamientos con arreglo a la ley y se hacía de todo.

En este establecimiento y para hacer más amenas las horas que en él pasaban los parroquianos, actuaba como cantante y bailarina Rubí la Morena, una joven muy ligera de pies y mucho más de conciencia.

Apaciguados los ánimos por la intervención de la angelical María, entraron en el bar gran parte de los que formaban el grupo de descontentos.

Rubí se acercó a uno, que por cierto había empezado con otros a jugar a las cartas.

— ¿Qué gano yo en este juego? — le preguntó Rubí con zalamería.

— Ganarás mucho si me dejas en paz — le contestó el jugador.

— ¿Sabes que eres muy grosero?

— ¿Sí? ¡Pues te convido!

Y el obrero le arrojó a la cara un vaso de coñac.

La morena no pudo resistir el ultraje, y apoyándose en el mostrador sacó el revólver disparándolo contra el jugador.

El escándalo fué enorme y sólo pudo dominarlo la presencia del juez Haller.

¡Quietos todos! — gritó desde el tribunal, que no era otra cosa que el mostrador donde despachaba las bebidas.

— ¿Quién es la víctima?

— Yo — dijo el agredido. — Pero no hay que lamentar más que la pérdida de la bala, porque no me ha tocado.

— Cosa que siento con toda mi alma — repuso la bailarina.

— ¡Basta. — gritó el juez. — Este bar es ahora tribunal de justicia.

— ¡Paciencia! — murmuró Rubí.

— Siéntense todos — siguió el tabernero.

— ¡Parece mentira, muchacha! — le dijo después en tono amistoso. — Esta es ya la tercera vez que tienes que comparecer ante el juez.

— No es mía la culpa, sino de estos bárbaros.

En esto se acercó un muchacho a la bailarina y le dijo algunas palabras al oído.

— ¿Qué hay? — intervino Haller.

— Señor juez, Deroux me manda llamar a su casa.

— ¡Pero mujer!...

— ¿Qué mujer ni qué calabazas? Con ese hombre no se puede estar mal; demasiado lo sabe usted. ¡Ea! Hasta luego.

Y la morena salió de la *sala* con el mayor desenfado del mundo.

Pero no se apuraba aquel juez por tan poca cosa.

Así es que, calándose las gafas, exclamó:

— Se otorga licencia a la acusada para que se ausente, debido a un asunto de interés. El juicio puede, por lo tanto, continuar sin ella.

Nadie protestó, porque el que más y el que menos estaban ya acostumbrados a esta clase de juicios.

El juez siguió:

— La acusación califica el hecho de homicidio frustrado; pero hay que tener en cuenta que la víctima cometió la imprudencia de arrojar un vaso de coñac a la cara de la acusada, la cual, según es público y notorio, lleva siempre revólver... ¿No es así?

— Exacto — dijo uno.

— Cierto — añadieron varios.

— Por lo tanto, señores, no se trata en este caso de un homicidio frustrado, sino de un suicidio; y la acusada Rubí queda en libertad.

Este fué uno de los pintorescos juicios que se celebraban en *El Infierno con ruedas*.

* * *

Rubí no le había mentido al juez.

El renegado Deroux la esperaba, y con su brutal franqueza exclamó al verla:

— ¿Conoces a Jerson, el ingeniero de Marsh?

— Le conozco — contestó la joven casi en el mismo tono.

— Es preciso que sepas conquistarle del modo que tú sabes.

— ¡Pero!...

— Nada, no admito remilgos de ninguna especie.

— ¿Pero se puede saber de qué se trata?

— Ese ingeniero, mandado por el administrador de estas obras, pretende encontrar un atajo, que a mí no me conviene. ¿Lo entiendes bien?

— Eso sí que lo entiendo.

— Pues lo demás lo vas a comprender también muy fácilmente. Ya me conoces y sabes que soy espléndido cuando llega la ocasión. No te digo más.

— ¿De modo que usted me ofrece?...

— Lo que tú necesitas para regresar a tu país, sin tener necesidad de ir a salto de mata como ahora lo haces.

— Entonces haré cuanto esté de mi parte.

Rubí no quiso exponerse a un fracaso dura día y esperó a que llegara la noche.

Varias veces se acercó a la oficina, y curioseando por una de las ventanas pudo saber que el ingeniero se preparaba para emprender el viaje al día siguiente para la sierra.

La bailarina no se apartó de aquellos alrededores hasta que Jerson salió del despacho para dirigirse a su domicilio.

Entonces tuvo la morena una vulgarísima ocurrencia, pero que no por eso dejó de darle un buen resultado.

Al pasar junto al ingeniero, dió un grito y se quedó arrodillada en el suelo.

— ¡Rubí! — exclamó el prometido de María, reconociendo a la bailarina.

— Me he torcido un pie. ¿Sería usted tan amable que me acompañara hasta casa?

— ¿Hasta la suya? ¿No está más cerca la mía?

La bailarina se apoyó en el brazo de Jerson por toda contestación, no tardando en encontrarse ambos en la habitación del ingeniero.

— Parece mentira que una bailarina tan experta haya dado un mal paso — le dijo Jerson sonriendo.

— Pues precisamente las bailarinas son las que están más expuestas a eso.

Rubí se dejó acariciar por aquel hombre, hasta que comprendió que podía abordar el asunto.

— ¿Dónde va usted mañana? — le preguntó.

— ¿Tienes mucho interés en saberlo?

Los capataces y el juez Haller

— Mucho... ¡Oh, va en ello mi porvenir y el de usted!

— ¡Demonio!

— ¿Conoce usted a Deroux?

— Sí, ya sé de donde viene el tiro.

— Podría usted ganar una fortuna si prescindiera de buscar el paso más corto a través de la sierra.

— ¡Calla!...

— ¿No estamos solos?...

— Sí; pero...

— Nadie está enterado de esto más que usted, yo y Deroux.

¿De modo que él te manda?

Justo.

¿Y por qué no lo ha hecho él directamente?

Quizá habrá querido explorar el terreno para no cometer una imprudencia.

— Está bien.

— ¿Entonces?...

— Puedes decirle que desde luego no salgo mañana hacia la sierra, como tenía pensado; y añádele que deseo tener una entrevista con él. ¿Estás contenta?

— Mucho... Ya veo que es usted un hombre que entiende de negocios.

* * *

Muy fácil le fué a Jerson aplazar su viaje, pretextando que tenía que hacer antes una visita de inspección hasta el fin de los rieles.

Y al día siguiente partían en el tren dispuesto para el caso, él, Deroux, Marsh y su hija María.

El cabo Sabalo también iba en uno de los vagones.

De pronto vió a un individuo a caballo perseguido por un puñado de indios que pretendían cortarle el paso.

— ¡Es el portador de correos! — dijo reconociendo a David Mendoza.

El joven galopaba con furia, mas sus perseguidores acabarían por jugarle una mala pasada.

Ya estaba David cerca del tren, y aunque los maquinistas comprendieron que estaba en peligro la vida de aquel hombre, no se atrevieron a detener la máquina porque en aquel sitio habría sido la mayor imprudencia.

— ¡Eh!... ¡Muchacho! — le gritó Sabalo, sacando casi todo el cuerpo fuera del vagón. — Baja del caballo y agárrate al tren.

David parece que había tenido la misma idea; y abandonando su cabalgadura, siguió corriendo, dió un salto y se agarró vigorosamente a los hierros de un antepecho.

Después saltó al interior con agilidad increíble.

— ¡Canastos! — exclamó entusiasmado el cabo Sabalo. — ¡Vaya un chico valiente!

El administrador Marsh y los que le acompañaban habían presenciado la heroicidad de David, y todos, incluso María, le salieron al encuentro para felicitarle.

— ¡De buena se ha librado! — decía Sabalo, dándole palmadas en la espalda cariñosamente. — Y sólo por haberme obedecido.

A Marsh le fué muy simpático el muchacho y se apresuró a decir a su hija:

— ¿Por qué no invitas a este joven a que siga con nosotros en el tren hasta el fin de los rieles, María?

David, que desde su entrada en el vagón no apar-

taba la mirada de la hija del administrador, sufrió un estremecimiento que no pasó desapercibido para los que estaban a su alrededor.

— ¿María? — exclamó después de una ligera pausa. — ¿María Marsh... tal vez?

— Mi hija... sí — habló el padre.

— ¿Pero no te acuerdas de mí, María? ¿Ya te has olvidado de tu mejor amigo de la infancia?

— ¡David! — gritó la joven con alegría.

— Sí, David Mendoza.

— ¡Oh!, te hemos buscado con afán, puedes creerlo.

— No lo dudo.

— ¿Pero dónde está tu padre? — intervino Marsh.

— ¡Pobre padre mío! Fué asesinado hace años no lejos de aquí.

Deroux se estremeció y ocultó su mano derecha bajo la amplia piel que le cubría.

María, queriendo cortar la situación para que los tristes recuerdos no mortificaran a su amigo, presentó a Jerson.

— David, aquí tienes a mi prometido.

Nunca había perdido David la esperanza de encontrar en alguna ocasión a la mujer amada desde la infancia; y ahora ella misma era la encargada de ponerle delante al hombre con quien se había de unir quitándole toda esperanza de dicha.

¿Pero qué podía alegar en su defensa? ¿Qué lazo o promesa existía entre ellos? Ninguno.

De aquí que procurando dominar la impresión que

acababa de recibir, estrechara la mano que el ingeniero le tendía, sin el menor asomo de celos.

— Creo que debes conocer al señor Deroux — dijo a su vez el padre de María, presentando al renegado.

— No — dijo sencillamente David.

— Como han vivido en la misma comarca creí que se conocían.

— Pues no — manifestó Deroux, — es la primera vez que nos vemos.

Ya estaban casi al final de la vía, cuando a Marsh se le ocurrió consultar con David.

— Oye — le dijo. — Tú que conoces esta región palmo a palmo, ¿sabes si existe algún paso o atajo a través de la sierra?

— Sí... conozco uno.

— ¿De veras? ¿Ven ustedes como no me equivocaba?

— Mi padre me enseñó lo que usted busca; y precisamente la noche antes de ser asesinado por un renegado, que sólo tenía dos dedos en la mano.

Deroux se puso lívido, y tuvo que volver la cabeza para que no le notaran el trastorno que sufría.

— ¿No dice usted nada a esto? — le preguntó el administrador, viendo que no pronunciaba ni una palabra.

— Ya manifesté antes mi opinión. Conozco perfectamente la sierra, y no hay tal paso.

— Pues yo aseguro que sí lo hay, y estoy dispuesto a demostrarlo — dijo David con firme acento,

— ¿Quieres acompañar al señor Jerson a buscar el atajo?

— No tengo inconveniente, siempre que sea en beneficio de estas importantes obras.

— Pues no perdamos el tiempo ; ya hemos llegado al final del trayecto y no se puede demorar el asunto.

El primero en bajar del tren para dar un vistazo a los trabajos fué el cabo Sabalo.

Con su natural buena fe y su entusiasmo para que las obras adelantaran, se dirigió a un grupo de trabajadores.

— ¿Y es esto todo lo que habéis hecho durante cinco días?

— ¿Por qué nos haces esa pregunta? — le contestó uno de sus compañeros.

— Porque no trabajáis, ¡holgazanes!

— ¿Y tú qué haces siempre en el tren arriba y abajo?

— Lo que me mandan y nada más.

— Tanto chillar y eres de los que, si se trata de trasladar un piano, cargas con la banqueta.

La discusión terminó, como siempre, en francas risotadas ; y tanto Sabalo como los demás, continuaron con fe sus tareas.

Al mismo tiempo preparaban David y Jerson los caballos para la expedición.

— ¿Va usted con ese mozo a la sierra? — le preguntó Deroux al ingeniero.

— Ya ha oído usted las órdenes.

— Yo no tengo que darle más que una.

— ¿Cuál?

— Que no vuelva más ese muchacho.

Los expedicionarios alejáronse prontamente de aquellos lugares.

* * *

En el año 1866, la amistosa rivalidad entre los constructores de ambos tramos de línea férrea que tenían que encontrarse a la mitad del camino llegaba a su apogeo.

Las locomotoras traídas de California, por mar, bordeando todo el continente americano, eran transportadas por tracción animal a través de abruptos terrenos... lo que permitía que se construyeran 80 kilómetros de línea, mientras los túneles se perforaban a fuerza de pico.

El tendido de rieles del ferrocarril del Este llegó a avanzar 150 kilómetros más.

Y así no hubo más remedio que levantar el cuartel general, el cual quedaba ya a gran distancia de los trabajos que tenían que continuar.

Todos los obreros se ocupaban en el traslado, capitaneados por Haller, juez y tabernero.

— Adelante, muchachos — les decía para animarles. — Pronto quedará todo terminado. Es inútil disputar el terreno al *Caballo de Hierro*.

Lo primero que se cuidaron de transportar a los vagones fué *El Infierno con ruedas*.

Porque es lo que decían todos. Ya pueden romperse los rieles y los trenes descarrilar... pero el bar es tan preciso como el aire que respiramos.

— Vamos, vamos, hijos míos — seguía diciendo Haller. — Este establecimiento *vinícola* y *justiciero* será el mismo dondequiera que vayamos. De modo que ¡adelante con él!

Todos trabajaban allí. Hasta un gran número de indios adictos.

Y excepto las casas viejas, todo avanzaba sobre ruedas...

Todo menos un infeliz, víctima de la última noche.

Varios obreros se encargaron de enterrarlo, mientras la compañera lloraba arrodillada sobre la tierra que lo cubría.

La oración fúnebre de los que oficiaban de sepultureros fué tan brutal como propia de las circunstancias.

— ¡Basta, basta!... Ya es bastante tierra para un borrachín.

Formando rudo contraste con esta escena, algo más apartados y en medio de tablas y trastos viejos, el juez Haller casaba solemnemente a una enamorada pareja.

— Pronto, señor juez — decía ella. — Ya han dado el tercer aviso para subir al tren.

— Pues yo, en nombre de la ley, declaro a ustedes marido y mujer. Ya pueden subir.

Media hora más tarde no quedaban allí ni los perros.

El cuartel general fué trasladado inmediatamente

* * *

David y Jerson llegaron por fin a la sierra donde el ingeniero Mendoza tenía señalado el paso.

— Ya ve usted como no estaba engañado — le dijo David a su compañero con el natural orgullo.

El ingeniero se mordió los labios y no supo qué contestar.

En su interior sostenía una lucha tremenda.

¿Volvería con David?

Si así lo hacía no tenía más remedio que confesar

la verdad ; y entonces perdía la fortuna que Deroux le ofrecía.

Se imponía, pues, una medida radical, algo de lo que le apuntó el malvado Deroux.

Habían llegado a un desfiladero abierto por la naturaleza en la montaña y cuyo fondo apenas si se veía con claridad desde la altura que ocupaban los dos expedicionarios.

— Ya lo ve usted — insistió David. — La línea puede muy bien atravesar la sierra sin más trabajo que el necesario para tender los rieles.

— Sí, algo de eso hay... pero no sabemos con certeza si ese fondo reunirá las condiciones indispensables de seguridad.

— Las reúne, se lo afirmo. Pero si usted quiere ya verá que pronto se convence.

Y atando a un árbol una gruesa cuerda arrojó el otro extremo por el desfiladero.

— Ya puede usted bajar — continuó.

— ¿Que baje yo? No, le cedo a usted las primicias del descubrimiento.

— Perfectamente ; yo descenderé, y una vez abajo ya, sostendré la cuerda para que desaparezca todo peligro.

David, con su nobleza característica, se dejó ir por la cuerda, quedando suspendido sobre el abismo.

No temblaba. Fiaba en la fuerza de sus puños y en su especial destreza ; pero no contaba con que

dejaba arriba a un hombre ambicioso y por lo tanto peligrosísimo.

Este se asomó al borde de la roca, y sonriendo de un modo diabólico murmuró :

— Ahora ya no podrás descubrir el atajo.

Dicho esto y con pasos vacilantes, como si estuviera borracho, sacó el cuchillo y acercándose a la cuerda que rodeaba el tronco del árbol, le dió un tajo.

El cáñamo fuertemente retorcido resistió como si quisiera salvar la vida del valeroso y confiado David.

Aquí el ingeniero, temblando cobardemente, se decidió a terminar de una vez su traidora hazaña, repitiendo el golpe de muerte.

David sufrió una violenta sacudida y cayó sin lanzar un grito, desapareciendo entre las brumas de la mañana.

¡Por fin! — exclamó el infame ingeniero.

Y sin atreverse a mirar hacia el fondo del desfiladero, abandonó aquel sitio siniestro llevándose los dos caballos.

Nadie había presenciado el crimen y por lo tanto tenía la seguridad de no ser descubierto.

IV

El cuartel general se volvió a establecer como antes, aunque con ciertas imprescindibles modificaciones, por la desigualdad del terreno.

Allí apareció de nuevo el tabernero y juez con más humos que antes, pues ya había recibido no pocas repulsas de parte de sus jefes.

— Ahora no pienso tener la manga tan ancha como hasta aquí — decía entre los obreros. — El que la haga, la pagará, y el que no ande derecho ya haré que no se tuerza.

— Usted será el mismo de siempre; porque genio y figura...

— Nada; la ley se ha de respetar en la población, aunque tenga que andar a tiros con todos sus vecinos.

— Pues buscando el amparo de la ley acudo hoy a usted, señor juez — dijo un trabajador llevando consigo a su esposa.

Si consigues que Jerson no encuentre el cuajo es hará ricos

— ¿Qué diablos queréis vosotros?

— Divorciarnos.

— ¡Canastos!... Pero si no hace ocho días que os casé...

— Pues nos va rematadamente mal.

— Basta. Ya os podéis separar cuando os dé la gana. La ley os autoriza para ello. ¡Largo de aquí!

La grotesca escena fué interrumpida por la llegada del tren que conducía al general Dodge, ingeniero en jefe del ferrocarril del Este.

Las primeras palabras con Marsh, el administrador, fueron desconsoladoras en extremo.

— Me parece, señor Marsh — le dijo, — que tendremos que suspender los trabajos por falta de fondos, a menos que sea encontrado el atajo en que tantas esperanzas tiene usted.

— Creo haberlo encontrado, general.

— Pues esa es la única esperanza que puede animarnos.

— Espero el regreso de mi ingeniero, el señor Jerson, al cual acompaña un conocedor del terreno.

Durante esta breve entrevista discutían desde cierta distancia *los tres mosqueteros*, como les llamaban al sargento Statery, al cabo Sabalo y al *quinto* Salmer.

— Tú, Sabalo, ya te estás quitando ese pañuelo y vamos a saludar a nuestro antiguo general.

— ¿Que me quite el pañuelo? Lo que yo me tengo

que quitar es esta maldita muela que no me deja vivir.

— Pues para luego es tarde. Vamos a que te la saque el célebre especialista que ha contratado Haller.

Y los tres amigos se dirigieron al gabinete del dentista, en cuya puerta campeaba una muela enorme como muestra.

Sabalo miró aquello y se detuvo instintivamente. ¡Vamos, hombre, que no se diga! ¡Pórtate como un valiente!

— ¿También se afeita aquí? — preguntó el cabo al especialista.

— Sí, señor.

— Entonces prefiero afeitarme.

— ¡Quiá, hombre! Con esa cara no te presentas al general — siguió el sargento empujándole hacia el sillón.

— ¡Pero si ya no me duele!

— Te dolerá después. ¡Ea! No le haga usted caso y sáquele el hueso que le estorba.

— ¡Que te lo saquen a ti, mala sombra!

Y fué a salir de la habitación; pero entre todos le detuvieron, le hicieron sentar a la fuerza y el dentista cayó sobre él despiadadamente blandiendo el terrible gatillo.

— ¡Ahora! — gritaron los dos amigos a la vez.

Y cuando el especialista daba el tirón decisivo, uno de los compañeros del paciente le arreaba un

tremendo pinchazo en las nalgas con un alfiler de grandes dimensiones.

Sabalo y el dentista cayeron al suelo hechos una pelota.

— Aquí está la muela — gritó el segundo, enseñándola con la herramienta.

— ¡Bravo, bravo!

— ¿Verdad que no ha notado usted dolor?

Aquí el pobre Sabalo, sin quitar la mano de la parte dolorida a causa del alfilerazo, exclamó con cierta emoción.

— En la boca apenas si me ha dolido... pero esta endiablada muela debía de tener las raíces muy profundas... ¡Demonio, qué escozor!

— ¡Ea! Paga y no nos detengamos más. ¿Ves? Ya regresa el ingeniero Jerson.

— A ver qué noticias trae.

— ¡Pero viene solo!

Marsh le salió al encuentro antes de que le abordaran los capataces.

— ¿Qué nuevas trae, Jerson?

— Siento tener que manifestarle que no existe el paso que buscábamos.

— Pero si el muchacho estaba tan seguro de que existía.

— No estaba en lo cierto.

— ¿Dónde se ha quedado David Mendoza? — preguntó María presentándose.

El ingeniero vaciló antes de contestar.

— ¿Le ha ocurrido alguna desgracia? — continuó cada vez con mayor interés.

— Deploro manifestar que cayó en un barranco... y se mató.

— ¡Pobre David! — suspiró la joven, vertiendo abundantes lágrimas —. ¡Qué caro te ha costado el servicio que deseabas prestarnos!

— Soy el primero en lamentar el triste fin de Mendoza — siguió el ingeniero, — pero supongo que tú estarás contenta de que haya sido él y no yo quien perdiera la vida en el barranco.

Ante aquel patente rasgo de egoísmo, midió la joven con la vista a su prometido y se apartó de él despreciativamente y sin contestar.

* * *

El valeroso Mendoza, ayudado por la casualidad, quedó enredado entre la espesa maleza que sobresalía en una de las paredes del desfiladero, y desde allí hasta el fondo pudo ir bajando, cuando recuperó de nuevo su acostumbrada serenidad.

Herido ligeramente y hasta magullado el cuerpo, se encontró en la parte más profunda de la sima, de la cual logró salir con la mayor felicidad.

Ignoraba que su caída hubiera sido ocasionada por la mano criminal del ingeniero, al cual creía inocente de lo ocurrido.

Una vez fuera del paso que abría la propia naturaleza, respiró satisfecho.

El ferrocarril soñado por su padre, su propio ferrocarril, puesto que estaba ayudando a construirlo, iba a ser un hecho.

Animado con esta idea, y aunque ya se encontraba bastante falto de fuerzas, continuó su marcha de regreso hacia el cuartel general.

De pronto y cuando llegó a las avanzadas de los trabajadores, se quedó parado.

Habían transcurrido muchas horas desde su caída en el barranco, y Jerson tenía tiempo de sobra para haber dado las oportunas órdenes en el tendido de los rieles.

— ¡Pero por qué la vía sigue dirigiéndose al Sur? — pensó. — ¿Acaso el ingeniero no habrá dado cuenta de la existencia del paso?

David apresuró la marcha hasta que logró encararse con los capataces.

— ¿Por qué van los rieles en esa dirección? — le preguntó a Sabalo.

— ¡Toma, porque así nos lo han mandado!

— ¿Quién?

— Quién ha de ser, hombre. El ingeniero... el señor Jerson.

— Pero esto no puede ser... aquí hay un error.

No muy lejos de allí se encontraba María acompañada de Jerson.

La joven lanzó un grito de alegría al ver a David

Si usted ha dicho que no existe tal paso, ha mentido

sano y salvo, y corriendo a su encuentro se arrojó en sus brazos emocionadísima.

— Todos te creíamos muerto — suspiró.

— Poco me ha faltado.

— Yo, al veros caer, creí... vamos, me figuré...

David no le dejó terminar.

— Bien; eso ya pertenece a la historia... ya ve usted que no me ha ocurrido nada absolutamente.

— De lo que me congratulo — dijo entre dientes el traidor.

— ¿Pero se puede saber — le preguntó Mendoza

a María — por qué se dirige la línea hacia el Sur?

— Jerson informó que no había otro camino.

— Pues si usted informó semejante cosa, mintió a sabiendas.

— No estoy dispuesto a tolerar intrusiones en mis asuntos profesionales.

— Ni yo a permitir negocios como el que usted ha pretendido hacer.

— ¡Insolente!

David, perdiendo la pacicacia por completo, se lanzó sobre el ingeniero, abofeteándole delante de todos.

Y quién sabe lo que habría pasado si no intervenir María, la cual con sólo una mirada logró contener a David.

Después, arremolinándose los obreros, consiguieron alejar a los contendientes en medio del natural escándalo.

Deroux, presente también en aquellos momentos, se acercó al ingeniero.

— Todo lo ha echado usted a perder — le dijo de un modo solapado. — Cuando Marsh se entere, no tendrá más remedio que marcharse, y pronto.

— ¡Antes he de vengarme de esta afrenta!

— Lo mejor es que quite de en medio a Mendoza.

— Sí... No hay más remedio.

— Pero eso tiene que se cuanto antes, si no quiere que él lo elemine a usted.

— Será hoy mismo... yo se lo juro.

— Cuente usted con mi apoyo incondicionalmente.

— Si lo mato...

— No le ocurrirá nada. Aquí ya sabe usted que soy el amo.

— Pues ni una palabra más.

— Además, mis hombres también le servirán de mucho en caso de necesidad.

* * *

David, sin hacer caso de las amenazas que le había lanzado el ingeniero, entró en el despacho, donde le esperaba Marsh, enterado ya del escándalo con Jerson.

— David, me parece que acaba usted de obrar muy de ligero — le dijo delante del general, o sea del ingeniero en jefe.

— Señor Marsh — contestó David recobrando su sangre fría, — sospecho que ese hombre está vendido a algún terrateniente poderoso.

— ¡Oh, eso no puede ser!

— Ha visto el atajo y se ha convencido. ¿Por qué su obstinación en negarlo?

Dicho esto puso sobre la mesa unos papeles.

— Señor Marsh... Mis notas topográficas le demostrarán que hay un camino más corto y que es practicable.

— Esto no tiene vuelta de hoja — manifestó el general después de examinar detenidamente los planos. — Estamos de enhorabuena.

— ¡Entonces Jerson!...

— De ese caballero me encargo yo — continuó el jefe de la línea. — Ya le abordaré cuando se hayan calmado los ánimos y sabremos con entera certeza a qué atenernos.

La interesante entrevista no pudo llegar más adelante porque la interrumpió la presencia de *los tres mosqueteros*.

El general reconoció en seguida a su antiguo ordenanza el sargento Statery, y se apresuró a estrechar su mano.

— Mi general — dijo entonces otro de los tres. — ¿No se acuerda usted ya del cabo Sabalo? Yo soy el que robó la gallina para su cena de Pascua.

— Sí, amigo mío, lo recuerdo perfectamente y celebro poderos dar un apretón de manos.

— Gracias, mi general, muchas gracias; pero...

¿Queréis algo de mí?

Sí, señor.

— Pedid, siempre que no se trate de alguna doble paga... escasea el dinero.

— No venimos a hablarle de dinero, por ahora.

— ¿De qué, entonces?

— Usted es nuestro primer jefe, y como tal tiene que poner correctivo a lo que aquí pasa.

— Estoy enterado de algo.

— Nosotros trabajamos cuanto podemos en bien de la patria... mientras otros parece que buscan el negocio trabajando en la sombra para entorpecer las obras.

— Os repito que estoy enterado y sabré castigar del mismo modo que premiar al que se lo merezca.

— Esa es nuestra esperanza.

— Y así juro que lo haré; pero antes quiero enterarme con calma, para no dar un paso en falso.

* * *

Horas después hablaban María y David, solos, en la sala de la oficina de ingenieros.

— David, no sé por qué no me pareces el mismo de antes.

— ¿Por qué, María? — preguntó el joven con aire distraído.

— ¿Ves? Apenas si me prestas atención.

— ¿Yo?

— Tú, sí. Vamos a ver: ¿qué es lo que te acabo de decir?

— ¡Ay, amiga mía, con todos estos trajines tengo la cabeza un poco trastornada!; pero en fin... ¿Para qué me has mandado llamar?

— Porque te necesito... porque quiero pedirte un favor.

— Habla, María. Lo que me pidas lo tienes concedido.

— ¡Qué sequedad! ¡Qué galantería tan fría y tan cargante!

— Pero...

— ¿Recuerdas, hace muchos años, la mañana en que nos despedimos?

¿Cómo no recordarla? No en este momento, sino siempre la he tenido presente.

— Nos volveremos a ver — me dijiste.

— Y así ha sido.

— Pero no para mi dicha.

— Ni para la mía.

— Mira, David. Ya he sabido la noticia que corre de boca en boca entre los obreros.

— ¿Y qué noticia es esa?

— Que habrá pendencia entre tú y Jerson.

— ¿Eso dicen?

— Sí. Te llamo para que me prometas no reñir con él.

Yo no puedo hacer eso.

— ¿Me niegas el favor que te pido?

Jerson tiene derecho al desquite. Tú misma lo presenciaste : le pegué cuando estaba desarmado.

— Eso no importa.

— Es cuestión de honor, María. ¿Cómo voy a negarme?

— Pero David, ¿Es que ya no supongo nada para ti? ¿Quieres arrebatarme la felicidad?

David se estremeció visiblemente y dió media vuelta para salir de la habitación... pero al momento se detuvo.

— Perdóname, María. No me acordaba de que tú y Jerson...

Señor Jerson, vengo a que nos demos las manos

— No me has comprendido David...

— Sí... quieres salvar a tu prometido y yo sabré sacrificarme por ti.

— Te equivocas — exclamó María, con un noble y amoroso arranque. — ¿Pero estás ciego? ¿No ves que no es a Jerson a quien amo?

— ¡María!...

— Te amo a ti, a ti sólo, al que desde niña entregué mi corazón. ¿Y ahora qué harás?

— Aguantarlo todo, aunque me tachen de cobarde.

— Yo sé que no lo eres y eso debe bastarte.

— Pues bien, te prometo bajo palabra de honor no luchar con Jerson.

— ¡He vencido!

— No, María ; el que ha vencido soy yo. ¿Qué me importan ya todos los odios y rencores sabiendo que me amas... sabiendo que no has olvidado al pobre niño que tanto te quería?

— Al pobre niño que ya se ha vuelto un hombre de armas tomar.

— No. Un hombre honrado que respeta la memoria de su padre y que sabe desenmascarar a los que no van por buen camino.

— De eso ya se encargará quien pueda.

Durante esta conversación, que tenía lugar a primeras horas de la noche, ya se formaban corrillos a la puerta del bar comentando el asunto palpitante.

Sabalo y sus dos compañeros de penas y fatigas formaban uno de estos grupos.

— He sabido — decía el sargento — que Deroux está preparando a los suyos y me parece que tratan acabar con ese muchacho, sin darle tiempo a que se defienda.

— ¡Pero eso es una villanía! — exclamó el cabo Sabalo.

— Será lo que tú quieras ; pero ya sabes cómo las gasta toda esta gentuza que nos rodea.

— ¿Y nosotros lo vamos a ver impasibles?

— Para eso he querido preveniros.

— ¿Conoces a alguno de la pandilla de Deroux?

— A uno no. A todos.

— Pues ya tenemos bastante.

— No lo creas.

— Mira, una vez armado el zafarrancho ya veremos el modo de quitar de en medio a los más peligrosos.

— ¡Si no fuera más que eso!...

— ¿Hay más aún?

— ¿Qué nos pasaría después?

— Si nos ha de juzgar el tabernero, nada absolutamente.

— Es que, como ya sabes muy bien, anda de por medio el ingeniero.

— También anda en el asunto nuestro antiguo general, que es el jefe de todos.

— Es verdad.

— Ya le hemos dado esta tarde la voz de alerta ; y si atentan contra la vida del valeroso David, me parece que no sería grande el castigo que nos impusieran.

— En fin, compañeros, lo mejor será que estemos preparados sin perder de vista al muchacho, el cual no se dejará comer tan fácilmente.

— ¿Qué se ha de dejar? Aún no se me ha ido de la oreja el ruido de las bofetadas. Parecían truenos.

— ¡Si que sabe atizar duro!...

— Bueno. Pues estaremos a la expectativa, y si vemos el cuento mal parado, entramos nosotros.

VI

El *Infierno con ruedas* presentaba un aspecto imponente a eso de las diez de la noche.

Deroux no estaba; pero apoyados en el mostrador y copeando se encontraban dos individuos bastante sospechosos.

— Haller — le dijo un parroquiano acercándose al original juez. — Me parece que vamos a tener tormenta.

— ¿Sí? Pues espera, que voy a quitar el espejo, no sea que me lo parta un rayo.

Y uniendo la acción a la palabra descolgó el ancho cristal que adornaba la pared detrás del mostrador, colocándolo con cuidado en sitio seguro.

No tardó en aparecer el ingeniero Jerson, el cual, sin hablar con persona alguna, ocupó la mesa más próxima al mostrador.

De repente se abrió la puerta de par en par.

Los sospechosos que bebían cerca del tabernero echaron mano a sus revólveres.

Uno detrás de otro, y como los soldados que hacen una ronda, penetraron después los *tres mosqueteros*.

Sabalo, que marchaba delante, cruzó por entre las mesas mirando a los parroquianos, como si quisiera leer en sus caras las intenciones que llevaban.

Minutos después se volvió a abrir la puerta y David entró en el bar.

Un silencio sepulcral reinó en la sala.

Aquí uno de los que hacían consumaciones en el mostrador fué a disparar su arma contra el recién llegado; pero antes de que lo hiciera, otro individuo más listo y que se conoce que lo espiaba, le arrebató el revólver.

— Eso no lo hacen los hombres — le dijo al oído.

— Pero...

— Cara a cara y no a traición.

De nada de esto se dió cuenta David, y pausadamente se dirigió a la mesa que ocupaba el ingeniero.

La expectación era tan grande, que hasta el mismo Haller, dueño del bar, se quedó con la mano en la espita de un tonel dejando que se vertiera el líquido.

— Señor Jerson — habló Mendoza, — ante todo le pido permiso para sentarme un momento.

El ingeniero apuró un vaso de coñac sin contestar.

— Siento mucho lo sucedido esta mañana — continuó David reprimiéndose cuanto podía.

— Bien, ¿y qué?

— Ha sido una locura mía... una intemperancia que deploro.

— Acaba de una vez.

— Los dos trabajamos por el éxito de este ferrocarril; y lo mejor será que olvidemos nuestras diferencias personales.

— ¿Has venido a pedirme perdón?

David fué a lanzarse sobre aquel cobarde... pero acordándose de la promesa que le había hecho a María se contuvo de nuevo.

— Vengo a que nos demos la mano.

En este instante apareció Deroux, el cual, sin duda, había visto entrar a David y acudía para animar a Jerson con su presencia.

El ingeniero al ver la siniestra figura del renegado apuró otro vaso de coñac y le volvió la espalda a Mendoza despreciativamente.

No fué esto bastante para que el muchacho lo echara todo a rodar.

Al contrario, se encogió de hombros, y paso a paso se dirigió al fondo del establecimiento.

—¿A qué espera usted?—le dijo Deroux al ingeniero.

— Sí, hay que acabar pronto — contestó éste.

Y echando mano al revólver disparó contra el indefenso David, el cual se salvó milagrosamente de la cobarde agresión.

El ingeniero se mordió las manos con rabia viendo que le había fallado la puntería; pero en el acto se puso en pie esperando la agresión de David.

David, has fallado a tu palabra

¡Alto, señores! — gritó Haller dominando el escándalo con su potente voz. — Aquí debe haber orden y moralidad... y esta lucha se hará conforme a las leyes, ¡qué demonio!

Ya no era posible continuar inactivo.

David había sido agredido no llevando armas y esto era ya el colmo de la medida.

Además Jerson, fustigado por la penetrante mirada de Deroux, no sólo le desafiaba con su actitud, sino que le incitó exclamando:

— ¡Cobarde!... Ahora te espero prevenido.

Mendoza no pudo dominar sus bríos por más tiempo; y dando un salto prodigioso derribó a su contrario al primer encuentro.

¡Duro, duro! — le gritaba el sargento a la vez, que ayudado por sus amigos apartaba a los concurrentes para que dejaran el campo libre a los luchadores.

— Creo que no debemos intervenir — les dijo Sabalo a los otros.

— ¡Quiá! Ahora ya no hay nada que temer. Los dos pelean con armas iguales.

De pronto vieron al ingeniero vacilar, de cuya vacilación se aprovechó David para darle tan soberbio golpe en la cabeza, que le hizo rodar nuevamente por el suelo.

Nadie se atrevía a intervenir; y entonces viendo que peligraba la vida de Jerson, salió de allí uno de los que presenciaba la lucha, llegando a toda prisa a las oficinas donde se encontraba María.

— ¡Pronto, pronto... venga usted, señorita! — exclamó jadeante. — Mendoza tiene ya medio muerto a Jerson... Y usted es la única que puede salvarlo.

María corrió hacia el bar, y penetrando por uno de los boquetes abiertos en la loma que cubría parte de los costados del establecimiento, se quedó un instante contemplando la terrible escena.

El ingeniero estaba en el suelo, vertiendo por la boca espumarajos de sangre.

David le pisoteaba furioso.

— ¡Mendoza! — gritó María, sin avanzar ni un paso.

El aludido se detuvo antes de dar el último golpe a su adversario, y dando tumbos se acercó a la joven.

— No pude evitarlo, María... perdóname.

— ¿Así cumples tus promesas?

— He sido vilmente insultado.

— No importa.

— Me ha disparado un tiro yendo yo desarmado.

— Pero tú me prometiste lo que no has sabido cumplir.

— Lo sé... y no tendrás lugar de repetírmelo.

David salió solo del bar, sin que persona alguna, ni el traidor Deroux, se atreviera a ponérsele delante.

El ingeniero, casi sin vida, fué trasladado a su domicilio, sin más acompañamiento que unos cuantos obreros compadecidos de su infortunio.

— ¿Y dejarás esto así? — se atrevió Deroux a preguntar al que oficiaba de juez.

— ¿Qué quiere usted que haga la ley?

— Castigar al homicida.

— En ese caso tendremos que esperar a que sane el ingeniero, para castigarle como autor de un asesinato frustrado.

— Usted no sabe lo que se dice.

— El disparó contra ese valiente muchacho, estando desarmado.

— No es verdad.

— Yo no miento, el juez no miente nunca. Además,

me consta que se tramaba una traición contra David. ¿Quiere usted ayudarme a descubrir a los traidores?

Deroux vió que iba mal por aquel camino ; y encogiéndose de hombros abandonó el local, fingiendo un desprecio que estaba muy lejos de sentir.

* * *

A los pocos días de la lucha del ingeniero con David, ya se habían olvidado las rencillas de uno y otro bando, y Mendoza fué nombrado capataz de la brigada.

La vía comenzaba a avanzar por el nuevo camino en dirección al atajo ; y la canción del cabo Sabalo volvía a entonarse por los obreros, los cuales se quejaban cada vez más de la escasez de fondos.

Todo esto lo sabía Deroux ; y viendo que su último intento había fracasado, pensó valerse del estado de ánimo de los trabajadores, para dar el golpe decisivo y estorbar el avance del camino de hierro.

Se encontraba sin gente a propósito para luchar contra el crecido número de obreros, pues aunque éstos se hallaban descontentos no se atrevía a proponerles una insubordinación. Además, esto le hubiera costado mucho dinero, y él estaba dispuesto únicamente a ganar y no a perder.

Pensando de esta suerte, desapareció del cuartel general ; y vistiendo el típico traje de los indios que usara al principio de su criminal carrera, se internó

buscando la guarida de los hijos del país, hostiles a la construcción de la vía.

La trágica sombra del pasado se presentó al cacique indio.

— ¿Me reconoces, hermano Rayo Mortal? — exclamó el traidor Deroux, cruzándose de brazos ante el jefe.

— Te reconozco... y ya te declaraba traidor.

— Nunca lo seré con mis hermanos.

— ¿Qué pretendes?

— He agotado cuantos medios tenía a mi alcance para entorpecer los trabajos que tan graves perjuicios han de proporcionar a nuestra raza.

— ¿De modo que sigues siéndonos fiel?

— Como siempre.

— Habla y di lo que debemos hacer.

— Venir conmigo a sorprender a los trabajadores y a destrozar las obras que ya tienen hechas.

— ¿Crees que venceremos?

— Lo aseguro. ¡Hermanos, no pasarán muchos días sin que hayamos cerrado el paso para siempre al Caballo de Hierro!

VII

El descontento se acentuaba más entre los trabajadores; pero no solamente por falta de pagos, sino por la escasez de comestibles.

Y mientras el ganado se acercaba al final de su larga jornada, la locomora y unos vagones donde iban David, el cabo Sabalo y otros pocos compañeros se vieron en poder de los indios, los cuales iniciaron la acometida con la mayor decisión. Sabalo y dos compañeros se atrincheraron debajo de la máquina y se dispusieron a repeler la agresión a tiro limpio.

David, defendiéndose desde arriba, no cesaba un instante de disparar su fusil.

De repente llegó a sus oídos un grito de dolor.

— ¡Sabalo... Sabalo! — gritó sin dejar su puesto.

— ¡Esos malditos han herido a un compañero! ¡No voy a dejar títere con cabeza!

— Defendeos como podáis hasta que recibamos refuerzos.

— ¿Sabes telegrafiar?

— Sí.

— Pues pide auxilio al comandante North, que está con el señor Marsh, en el cuartel general.

David, desafiando el peligro, logró comunicarse con los suyos.

Marsh recibió la comunicación y en el acto dispuso que se formara un tren de socorro.

Los soldados habían salido por la parte opuesta al final de la vía y no podían llegar a tiempo.

— ¿Qué pasa? — le preguntó María.

— Otro percance. Indios al final de los trabajos.

— ¡Allí está David!

— El me acaba de telegrafiar pidiendo auxilio.

— Pues no perdamos el tiempo.

— Muchachos — habló Marsh, dirigiéndose a los obreros. — Vamos a proteger a los camaradas. Aquí hay un fusil para cada uno.

Los obreros se cruzaron de brazos.

— ¿No lo habéis oído? — se apresuró a decir María.

— Lo hemos oído perfectamente, señorita — dijo un obrero.

— Entonces...

— Que manden soldados.

— Se hallan lejos y no llegarían a tiempo.

— Es que estamos cansados de que se nos engañe.

— ¿Quién?

— Todos. Se nos prometió hace un mes carne de ternera, y todavía no ha habido nada.

— ¿Quién piensa en comer teniendo a sus amigos en peligro?

En esto se oyeron varias voces gritando:

— ¡Ahí vienen, ahí vienen!

— ¿Los indios?

— ¡Quiá! Las terneras... ¡Diez mil cabezas!

— Muchachos — dijo a su vez Marsh. — Ya tenemos carne para que no falte durante un año.

— Pues a comer... que ya es tiempo.

— No... Antes a socorrer a nuestros pobres compañeros.

— Una idea — le dijo al administrador uno de los vaqueros que traían el ganado. — Si estos cobardes no quieren subir al tren de auxilio, les echaremos encima a los animales, y ya verá usted cómo se dan prisa a subir a los vagones.

Era el mejor camino que se podía tomar para acabar pronto.

Y se acabó.

Los obreros, al ver aquellas diez mil cabezas que se les venían encima, se apresuraron a saltar al tren para no ser arrollados.

— ¿No queríais carne? — les gritó Haller. — Pues aquí tenéis pólvora y fusiles.

Total, que unos de grado y otros por la fuerza de las circunstancias, fueron en socorro de sus compa-

El sargento repite sus brazos de sus compañeros

ñeros, los cuales ya casi tenían agotadas las municiones.

Debajo de la máquina donde quedaron atrincherados el cabo Sabalo y varios compañeros, había ocurrido otra desgracia.

El sargento Statery lanzaba el último suspiro.

— ¡David... esos bandidos acaban de quitarme a mi mejor amigo! — exclamó el cabo abrazando el cadáver.

— Pero no saques el cuerpo de ese modo... Tú vas a seguir los pasos de este pobre.

— Y los refuerzos no vienen.

Al decir esto silbó una bala muy cerca de ellos... Casi rozó la frente de David.

— ¡Demonio! — manifestó éste con sin igual frescura. — Por aquí cerca debe haber un buen tirador.

— ¿Dónde vas, muchacho? — le gritó Sabalo viendo que salía del parapeto.

— No te ocupes de mí. Voy a ver si encuentro a ese tirador tan peligroso... de lo contrario no va a dejar ni a uno solo de nosotros.

Los disparos continuaban con la misma intensidad que al principio del ataque.

Sin embargo, Mendoza siguió amparándose detrás de los vagones y de este modo llegó hasta la cola del tren.

Allí no tuvo más remedio que exponer el cuerpo; mas como viera unos muros medio derruídos a muy

corta distancia, corrió hacia aquel sitio como si lo guiara un poder más fuerte que su voluntad.

— ¡El tirador! — se dijo, viendo a un indio que apuntaba con el fusil hacia la máquina.

El salvaje se volvió de repente y entonces fué reconocido por Mendoza.

— ¡Deroux!

Aquí el traidor, viéndose sorprendido, disparó el arma casi a boca de jarro sobre David.

Pero tal fué su precipitación, que la bala no dió en el blanco.

El muchacho, más previsor y con más calma, supo colocarse fuera de peligro con uno de sus ágiles movimientos.

Pero aún le esperaba a David otra sorpresa de mayor importancia.

Y ésta fué, que, Deroux, enloquecido por el furor y dispuesto a luchar hasta acabar con su enemigo, descubrió la mano que siempre se cuidaba de ocultar.

— ¡Dos dedos! — volvió a gritar David.

— Sí... ya no me importa que me reconozcas.

— ¡El asesino de mi padre!

— ¡Y el que terminará también contigo... miserable!...

David contempló breves momentos al traidor, como si quisiera retardar su muerte.

Tenía a dos metros de distancia al hombre cruel, al bárbaro que le hiciera presenciar lo que para un hijo constituye la nota más fuerte de su vida.

Los dientes del mozo rechinaron de un modo que a otro que no hubiera sido el renegado le habría causado pavor.

Pero Deroux, tan fiero como su enemigo, no tenía más idea que exterminar al hijo del ingeniero.

El choque entre aquellos dos hombres fué tan formidable que, tanto él como el otro, se repelieron y estuvieron a punto de caer al suelo.

Ni un grito, ni una frase.

Los dos tenían fervientes deseos de darse el golpe mortal, y estaban ya demás las palabras.

De nuevo volvieron a encontrarse y otra vez resultó el choque de dos fuerzas imponentes.

Deroux, siempre con la traición por delante, intentó varias veces dejar fuera de combate a su enemigo.

Había visto su modo de luchar cuando lo hizo con Jerson, y esto le servía de mucho en aquellos instantes.

Pero por más que echaba mano de todos sus recursos, se encontraba siempre con que el pecho de David era lo que se llama una muralla de granito.

En uno de los ataques fingió admirablemente que resbalaba.

David se apartó unos dos pasos, no queriendo aprovechar la favorable circunstancia.

Ya contaba Deroux con este noble arranque del muchacho; y no desperdiciando ni un instante agarró una gruesa piedra sobre la que había caído

No tuvo tiempo David de evitar la grave infamia.

El renegado se puso en pie de un salto, asestando un tremendo golpe en la cabeza de su adversario.

La sangre brotó en seguida enrojeciendo la frente de David, el cual se tambaleó y cayó al suelo pesadamente.

— ¡Por fin! — rugió Deroux, riendo como un condenado.

Pero al tratar de repetir el golpe, se vió cogido de las piernas y no tuvo más remedio que caer de rodillas junto a su mortal enemigo.

Ni el golpe, ni la abundante sangre que manaba de la herida fueron causas bastantes para que disminuyera su pujanza.

Los bríos del mozo volvieron a renacer con tal decisión, que ya no hubo remedio para Deroux.

Sus últimas intentonas fueron completamente estériles.

David logró dominarle, y echándole mano al cuello, le dió tan violentas sacudidas que acabó por estrangularlo.

Ya no pudo más David, y cayó rendido sobre el cadáver del asesino de su padre.

* * *

Con la rapidez del viento llegaron los indios fieles en auxilio de los trabajadores; y una media hora después se presentaba el tren de auxilio.

Marsh y su hija, la valerosa María, fueron los primeros en abandonar el vagón para dedicarse al socorro de los heridos.

El cabo Sabalo continuaba junto al cadáver de su entrañable amigo, sin hacer caso de cuanto pasaba a su alrededor.

— ¡David... David! — gritaba el administrador intrigado por la ausencia del capataz.

— ¿Qué ha sido de David? — le preguntó María a Sabalo.

— No lo sé... Salió de la máquina... y no ha vuelto... Lo habrán matado también esos bandidos...

— ¡David! — continuaba Marsh, llamando inútilmente.

— ¡Dos heridos! — dijo a su vez un obrero, desde las ruinas donde yacían Deroux y David.

María sufrió un estremecimiento terrible y tuvo que apoyarse en un obrero para no caer al suelo.

Su corazón le decía que uno de aquellos dos heridos era David.

Pero no tuvo el valor necesario para acercarse a los pretendones con su padre.

Los capataces de ambos tramos se abrazaron al encontrarse

Marsh reconoció en seguida al joven capataz.

— ¡David, amigo mío... ánimo.. ya estamos aquí todos!...

Uno de los trabajadores vertió en los labios del capataz unas gotas de ron, logrando que abriera los ojos.

— ¡Oh!, gracias amigos míos — murmuró pasados unos instantes. — No tardaré en seguiros... Esto no ha sido nada.

— ¿Has matado a ese indio?

— No es un indio, señor Marsh... fíjese usted bien

— ¡Deroux! — gritaron varios a la vez.

— El asesino de mi padre... El renegado *Dos dedos*.

— Pues andando... Si no puedes andar ya te llevaremos nosotros hasta el tren; aquí no tenemos el botiquín.

Y como David se hallaba medio desnudo a consecuencia de la ruda pelea que había sostenido, tuvieron que colocarle un capote sobre los hombros para que se cubriera.

María, desde lo ocurrido en el Bar del Infierno, apenas si había cruzado dos palabras con el capataz.

Claro, la joven tuvo una alegría sin límites al ver a David fuera de todo peligro; pero supo disimular su emoción, en vista de que el muchacho permanecía a cierta distancia sin dar ni un paso para acercarse a ella.

Sabalo — suspiró David. — Envidio al pobre sargento.

— No digas disparates, muchacho. María te perdonará.

VIII

Al día siguiente David y la hija del administrador se encontraron en la oficina, como por casualidad.

Ambos se buscaban, pero ni uno ni otra querían dar su brazo a torcer.

Que María adoraba a Mendoza lo veía la persona de menos vista; pero como David estaba ciego por completo no se daba cuenta de los sentimientos ni de la lucha que sostenía la joven.

— ¿Ya estás repuesto completamente? — le preguntó María, con fingida distracción.

— Sí, señorita... Me encuentro con fuerzas suficientes para resistirlo todo.

— ¿Todo?

— ¡Absolutamente todo!

— Lo celebro con toda mi alma.

— Las heridas del cuerpo se suelen cerrar al mismo tiempo que las del alma.

— No te comprendo, David, no te comprendo...

— Señorita... Lo único que le puedo decir con perfecta claridad es que he sufrido mucho hasta aquí.

— ¿Y ya no sufre?

— Procuro no sufrir, aplicándome yo mismo la medicina.

— También hago yo algo parecido.

— ¿Verdad que la ausencia es el mejor remedio para ciertas enfermedades?

María vió en esto de la ausencia una relación entre ella y el ingeniero Jerson, el cual había sido trasladado lejos de allí, para que se repusiera y para evitar probables disgustos.

Y con esta suposición, contestó a David afirmativamente.

— No esperaba más que esto, para que mi decisión fuera más firme — habló Mendoza, convencido del alejamiento de María.

Y sin dar la más pequeña explicación saludó a la joven con una inclinación de cabeza, saliendo de la oficina seguidamente.

Su incondicional amigo, el cabo Sabalo, le esperaba a la puerta.

— Sabalo, me voy de aquí — le dijo tristemente.

— ¿Que te vas? ¿Dónde?

— Al Oeste. Allí esperan gente para los trabajos y ya te lo he dicho, me voy.

— ¿Tú solo?

— Yo solo.

— ¡Quiá! Eso no puede ser. Yo me largo contigo. ¿Qué harías tú allí sin mí?

— Pero...

— Nada, que no te vas tú solo. Estoy decidido. Me mataron a mi sargento, te vas tú... ¡Ea! que no me quedo aquí solo con estos bárbaros.

Horas más tarde, dos nuevos viajeros se disponían a tomar asiento en la desvencijada diligencia.

David y Sabalo.

— Oye, muchacho — le dijo el cabo a Mendoza. — Supongo que no partiremos con las manos vacías.

— ¿Qué quieres decir?

— Hombre, que iremos allí a algo.

— Naturalmente. Voy como un nuevo encargado de aquellas obras, según las instrucciones que llevo de parte del general ingeniero en jefe.

— ¡Bravo! Eso ya es otra cosa.

Y sin esperar más, se dirigió a unos compañeros que le miraban con la natural curiosidad.

— Sí, amigos míos — les dijo con importancia. — Nos reclaman del Oeste, para que demos un buen impulso a las obras.

La diligencia partió dando tumbos por el camino, casi al mismo tiempo que María se presentaba en la plaza.

— Si trae usted algún encargo para el Oeste ha llegado tarde, señorita...

— Deseaba saber únicamente si va en el coche David Mendoza.

— Sí, señorita. Le acompaña el cabo Sabalo; y van más contentos que unas Pascuas.

María se tuvo que volver de espaldas para ocultar las lágrimas que brotaban de sus ojos.

— ¡Lo he perdido para siempre! — suspiró la infeliz.

* * *

V

En el lejano Oeste las canciones de Sabalo se popularizaron también entre los trabajadores

Dale, chino, dale,
dale y suda el quilo...

Y regando con sudor el camino por donde había de pasar El Caballo de Hierro, pasó otro año.

Los dos ferrocarriles se extendían a través de praderas y montañas, acercándose más a su encuentro.

Se había establecido una noble competencia.

Las conversaciones entre los capataces siempre versaban sobre el mismo tema.

Los trabajos... los adelantos.

Y si las noticias daban cuenta de que en el tramo opuesto se ganaban cuatro kilómetros por día, los

Aquí en la unión de este semicírculo de hierro, se unen también nuestras almas

del Oeste se preparaban alcanzando seis en las mismas horas.

De este modo se consiguió llegar al momento supremo.

Seis años antes de la fecha especificada en los contratos, el tramo del Este y el tramo del Oeste se encontraron por fin. Dos mil kilómetros de un lado por mil quinientos de otro.

Total: la completa salvación de la gigantesca obra.

Esta fué la mayor proeza.

Y en ambas líneas existía un hombre en cuyo corazón no existía la rivalidad.

Este era David Mendoza, el cual trabajaba como el más obscurecido obrero.

Su pensamiento era sólo uno: que las dos vías se encontraran.

Por eso al llegar este ansiado caso, cuando el primer obrero del tramo opuesto llegó hasta la brigada de David, no pudo éste contener su entusiasmo y se abrazó al trabajador con toda la fe del que, como él, contaba con un alma rebosante de amor patrio y de nobleza.

El cabo Sabalo presenció la conmovedora escena, y con las lágrimas en los ojos exclamó:

— ¡Bravo, amigos míos! ¡Oh, cuánto habría gozado en estos momentos mi infortunado amigo!...

El obrero a quien David acababa de estrechar en sus brazos siguió espontaneándose.

Era dichoso y quería exteriorizar aquella felicidad que sentía.

— Hoy no me pesa lo mucho que he trabajado, querido David — dijo sonriendo.

— ¿Te sientes completamente dichoso?

— Sí, te lo confieso; porque con la unión de estas líneas, consigo otra unión con la mujer que ha sido siempre mi más bello sueño. Me caso, David, me caso.

— Eres más feliz que yo — suspiró Mendoza con tristeza.

— Y más tonto que un guardacantón — siguió Sabalo. — ¿Pero no ves que nuestro capataz no está para monsergas de... vamos, de esa clase?

— Perdona, David... Pero si tú estás enamorado, me parece que no te será difícil salir adelante. Hoy todos tenemos que estar satisfechos.

* * *

Los trabajos habían terminado; pero no las inquietudes del pobre David.

Aquel mismo día circuló la noticia de que los trenes del Este y el Oeste estaban para llegar, con objeto de conmemorar el gran acontecimiento.

David, apartándose de sus amigos, se fué al sitio donde los rieles se habían unido y allí evocó el recuerdo de su padre, el primer ingeniero que pensó en la construcción del ferrocarril transcontinental.

Serían las seis de la mañana. Mendoza pensó en el regreso hacia los suyos, cuando llamó su atención el ruido de unos pasos que se acercaban a él.

— ¡María! — exclamó, viendo la deliciosa figura de la mujer tan amada.

La joven siguió avanzando y cayó en los brazos del capataz sin pronunciar ni una frase.

— David — suspiró María, pasada su natural emoción. — Soy y seguiré siendo siempre la misma para ti.

— Y yo soy ya el hombre más feliz de la tierra... Te juro que tú eres lo único que me faltaba para que mi dicha no tuviera límites.

— ¡Siempre, siempre te he amado!

— ¡María... con mis propias manos he clavado el último clavo... el broche del cinturón que estrecha hoy a todo un continente.

— Pues este mismo broche unirá nuestras almas...

* * *

La boda de los rieles, la unión del Este con el Oeste, se celebró con inusitada solemnidad y con gran júbilo la tarde del 10 de mayo de 1869.

Laland Stanford, presidente de la Compañía, salió al encuentro de Tomás Durat, vicepresidente del ferrocarril del Este.

Y la grandiosa obra llegó a su feliz término

Obreros de uno y otro tramo, se colocaron formando compactos grupos cerca de ambas locomotoras.

El clavo de oro, del cual era portador el presidente Standord, brilló en las manos de éste.

Fué un momento de indescriptible emoción.

Las aclamaciones atronaban el espacio.

Sin embargo, hubo un momento de tregua al entusiasmo, mientras se hacían los indispensables preparativos para la sensacional ceremonia.

María, en un grupo, con los obreros, sonreía sa-

tisfecha, del mismo modo que David en el grupo opuesto.

— David — exclamó la joven. — Tú perteneces a este lado.

— No, María — contestó Mendoza en el mismo tono jovial. — Yo pertenezco a los dos.

— Eres un egoísta.

— Espera. Cuando claven el clavo de oro, ya no habrá divisiones... y entonces ya no nos separaremos jamás.

El martillo cayó al fin sobre la joya de oro puro, y la fausta noticia fué en el acto transmitida por medio de los hilos del telégrafo hasta los últimos confines del país.

La épica obra quedó consumada.

* * *

Tras el regocijo, después de la solemnidad del trascendental acto, fraternizaron con verdadero entusiasmo los obreros de una y otra línea.

Terminada la gran obra, se habían unido del mismo modo que el continente.

David ya no se apartó de su soñada María, consiguiendo, además de su amor, el bien retribuido empleo de Director técnico de la casa de C. Tomás Marsh.

Todo quedó unido, todo menos el cabo Sabalo, pero continuó junto a David, esperando poderle ser útil, aunque no fuera más que para regocijarle con su constante buen humor.

BIBLIOTECA TRÉBOL

La colección cinematográfica más interesante y más barata :: Cada tomo va acompañado de una postal de un renombrado artista de la pantalla

TÍTULOS DE LOS TOMOS PUBLICADOS

EL ÚLTIMO VARÓN SOBRE LA TIERRA, por Earl Foxe.
EL PODER DEL QUE ES HONRADO, por William Desmond.
VIVIR DE MILAGRO, por Bebe Daniels.
HOMBRES EN BRUTO, por Jack Hoxie.
EL TRIBUTO DEL MAR, por Anna May Wong.
ENAMORADA DEL AMOR, por M. de la Motte.
LA DAMA PINTADA, por G. O'Brien y D. Mackaill.
LA MARCA DE LA VANIDAD, por Billie Dove.
CON LA ESPADA AL CINTO, por Martha Masfield.
LAS HIJAS DE LA NOCHE, por Orville Caldwell.
EL TERCO, por Tom Mix y Doris May.
NUESTRAS ESPOSAS, por Dorothy Phillips.
IDILIO ACCIDENTADO, por Wanda Hawley.

PRECIO: 25 CÉNTIMOS

DO RE MI

Publicación musical, al alcance de todos

LOS MEJORES NÚMEROS POPULARES
COUPLETS DE MODA : GRAN PRESENTACIÓN

Títulos de las piezas publicadas:

PERICÓN RANCHERO (pericón), letra de D. Villán, música de J. Costa.

ESCLAVA FIEL (java), letra de los Hnos. Pelegrí, música de V. Quirós.

PÍCARA MODISTILLA (pasodoble), letra de V. Salvatella y A. Lorca, música de Juan Viladomat.

PERDÓNAME (tango), letra de los Hnos. Pelegrí, música de V. Quirós.

¡POR UNA MADRE! (pasodoble), letra de José M.ª Milán, música de C. P. Requena.

S. M. LA REVISTA (fox-trot), letra y música de R. Vidal.

FUMANDO ESPERO (tango), letra de F. Garzo, música de J. Viladomat.

EL PICO DE LA PACA (pasodoble-marcha), letra de D. Villán música de J. Costa.

MI ÚLTIMO RECUERDO (tango de las campanas), letra de E. Cervera Pujol, música de José M.ª Cervera Pujol.

BOMBONES Y CARAMELOS (marcha pregón), letra de Athos y V. Morell, música de V. Pastallé y G. Barceló.

OYE, MARIANO: ¿TE GUSTA EL CHOTIS? (schottis dialogado), letra y música de José M.ª Cervera Pujol.

CORTA, CORTA (pasodoble), letra y música de R. Vidal.

PRECIO: 35 CÉNTIMOS

1000

DIRECCIONES DE ARTISTAS CINEMATOGRÁFICOS

Conocedores de la utilidad que ha de tener un libro con las direcciones de los principales artistas de la pantalla y casas productoras, nos hemos decidido a publicar el tomo, que ofrecemos a nuestros lectores

Precio de este interesantísimo libro:

UNA PESETA

BIBLIOTECA PERLA

Tomos publicados

LA LLAMA DEL AMOR, por Pauline Frederick.

JURAMENTO OLVIDADO, por Mary Kid y Michel Varkon.

LO QUE CUESTA EL PLACER, por Virginia Vall y Jaime O. Barrons.

AMBICIÓN CIEGA, por Eleanor Boardman.

¿Y ESTO ES EL MATRIMONIO?, por Eleanor Boardman.

CON LA MEJOR INTENCIÓN, por Constance Talmadge.

UN MENSAJE DE ÚLTIMA HORA, por Gladys Hulette.

SOMBRAS DE LA NOCHE, por Madge Bellamy.

EL PREMIO DE BELLEZA, por Viola Dana.

LA LEY SE IMPONE, por Artur Hall y Mimi Palmieri.

DESOLACIÓN, por George O'Brien.

SUBLIME BELLEZA, por Andrey Munzon.

CASADO CON DOS MUJERES, por Alma Rubens.

EL DESTINO DE LOS HIJOS, por Henny Porten.

EL CABALLO DE HIERRO, por George O'Brien.

Precio de cada tomo **60 céntimos**

DO - RE - MI

PUBLICACIÓN MUSICAL

Cada semana una obra de los mejores autores : Lujosa presentación
35 céntimos ejemplar : Precio de suscripción : 4 pesetas trimestre

ADMINISTRACIÓN : CALLE PARÍS, NUM. 204 : **BARCELONA**

TOMOS PUBLICADOS

1. PERICON RANCHERO, (Pericón)
2. ESCLAVA FIEL, (Java)
3. PÍCARA MODISTILLA, (Pasodoble)
4. PERDONAME, (Tango)
5. ¡POR UNA MADRE!, (Pasodoble)
6. S. M. LA REVISTA, (Fox-trot)
7. FUMANDO ESPERO, (Tango)
8. EL PICO DE LA PACA, (Pasodoble-marcha)
9. MI ÚLTIMO RECUERDO, (Tango de las campanas)
10. BOMBONES Y CARAMELOS, (Marcha Pregón)
11. OYE, MARIANO : ¿TE G[illegible] EL CHOTIS?, (Schottisch dia[illegible])
12. CORTA, CORTA, (Pasodoble)
13. GOLONDRINA QUE NO VUELVE, (Bamarcha)
14. EL MENSAJERO, (One-step)
15. EL COCO, (Rumba)
16. SONRISIL, (Fox-trot)

Facsímil de las portadas de esta colección
cuyo tamaño es de 32 × 24 1/2 cms